

Ra Ximhai

Revista de Sociedad, Cultura y Desarrollo
Sustentable

Ra Ximhai
Universidad Autónoma Indígena de México
ISSN: 1665-0441
México

2008

CIUDADANIAS INVISIBLES, ESTADO AUSENTE

Luis E. Ocampo Banda

Ra Ximhai, mayo-agosto, año/Vol.4, Número 2

Universidad Autónoma Indígena de México

Mochicahui, El Fuerte, Sinaloa. pp. 105-128



CIUDADANIAS INVISIBLES, ESTADO AUSENTE

CITIZENSHIPS INVISIBLE, ABSENT STATE

Luis E. **Ocampo-Banda**

Sociólogo, Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, Profesor investigador Universidad de Occidente Unidad Mazatlán; Av. Del Mar # 1200, Mazatlán Sinaloa, México. Correo electrónico: locampob@hotmail.com

RESUMEN

El Estado Mexicano se encuentra cada día más ausente en diversos sectores de la sociedad. La realidad muta y hoy tenemos la aparición de nuevas formas de hacer política, al mercado construyendo nuevas subjetividades y al consumidor en sustitución del ciudadano. El auge del crimen organizado y la aparición de nuevas ciudadanía son elementos que cuestionan la esencia del Estado, ente político por naturaleza y hoy cada día más acotado, ausente y de espaldas a la ciudadanía, una ciudadanía invisible, violentada y en construcción que no encuentra a quien endosarle sus demandas.

Palabras clave: Ciudadanía activa, consumidor, Estado, mercado, miedo y seguridad, globalización.

SUMMARY

The Mexican state lies increasingly absent in various sectors of society. The reality mutates and today we are facing new ways of conducting politics, building new subjectivities for the market and for the consumer in replacement of citizen. The rise of organized crime and the appearance of new citizenships are elements that question the essence of state, political entity in nature today and every day more limited, absent and turning its back on citizenship, a citizenship invisible, forced and under construction that can not find to whom endorsement their claims.

Keywords: citizenship active, consumer, state, market, fear and security, globalization.

INTRODUCCIÓN

En la vorágine neoliberal y del modelo globalizado América latina vive procesos de redefinición que exigen nuevos lentes analíticos para su estudio y comprensión. A lo largo y ancho de su geografía hemos de encontrar una riqueza de actores políticos y sociales que hacen patentes las diferentes vertientes que conforman y buscan construir identidad en nuestros países marcados por la ausencia del Estado, el mercado que avanza imponiendo su ideología, los medios de comunicación y el Estado estimulando el miedo, el retraimiento social y una ciudadanía que busca re-encontrarse y salir de la invisibilidad a la que el mercado y el Estado, la han condenado.

La geografía política y económica latinoamericana esta cruzada por procesos de ingobernabilidad que si bien no logran constituir sublevaciones, al menos en los últimos dos años, que terminen con el derrocamiento de presidentes, como sí ocurrió en el año 2005 en Bolivia con el presidente Mesa, no menos cierto es también que nuestros países se desenvuelven con diversas expresiones de ingobernabilidad. En México, las manifestaciones de crisis de gobernabilidad asumen distintos niveles de intensidad y presentación. Podemos enunciar como algunas de estas expresiones al movimiento popular desarrollado en el estado de Oaxaca, o bien, la lucha de los campesinos de San Salvador Atenco por conservar sus tierras, mismas que se pretendía fuesen expropiadas y/o pagadas a un precio inferior por así convenir “a los intereses de la nación”, y una vez expropiadas-robadas-compradas, estar en condiciones de construir en este lugar el nuevo aeropuerto internacional de la ciudad de México. Ambas acciones desarrolladas en el último tramo de gobierno del presidente Vicente Fox, paradójicamente, ambos casos culminan con la represión tanto selectiva como indiscriminada en contra de la sociedad civil y de la ciudadanía movilizada en defensa de sus derechos. Podemos ampliar este acordeón de conflictos señalando las prácticas de corrupción oficial, las acciones del crimen organizado con sus secuelas de secuestros, los asesinatos llamados de “alto impacto”, así como la creciente delincuencia común, formas delincuenciales que llenan de luto, incertidumbre y temor a cientos de hogares en el territorio nacional.

A este escenario podemos sumar la emergencia de nuevas ciudadanías que reclaman su derecho a manifestar su preferencia sexual, los indígenas y su reclamo por el reconocimiento a sus formas de organización y expresión, personas de capacidades diferentes que pugnan por un trato de iguales, movilizaciones por techo, trabajo o educación. Así, los espacios públicos se re-significan en tanto que las expresiones de descomposición social se multiplican y diversifican.

El Estado se encuentra en jaque, el mercado y los nuevos actores poseedores de formas comportamentales múltiples cuestionan hoy su naturaleza política y mediadora. Los Estados débiles o fracasados causan buena parte de los problemas que enfrenta el mundo como son el terrorismo, las drogas, el sida, o la pobreza (Fukuyama, 2004: 9). Mientras los Estados nacionales no sean capaces de ofertar educación de calidad a lo largo y ancho del territorio nacional, políticas de salud eficientes y suficientes para enfrentar y garantizar la salud a la ciudadanía, o bien, las políticas económicas sigan siendo inadecuadas para generar empleos que permitan a los ciudadanos satisfacer dignamente sus necesidades básicas y los derechos sociales inherentes a todo Estado democrático, los problemas de gobernabilidad continuaran campeando en nuestra región. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) en el 2005, señala la existencia de una crisis global de empleo y que ésta es de tal magnitud que 50 por ciento de los trabajadores del orbe "son pobres"; además, hay 180 millones de niños que son explotados, ya que se ven obligados a laborar desde temprana edad en actividades que a veces no sólo atentan contra su desarrollo, sino incluso contra su dignidad y su vida, como es la explotación sexual. Sólo en América Latina son 19 millones los menores que se ven obligados a trabajar para sobrevivir (Muños, Ríos Patricia).

En la base, en la estructura económica y social tenemos las reformas que el modelo neoliberal y la globalización obligaron a asumir a los Estados nacionales bajo la lógica de que “el mejor Estado es el menor Estado”, y la tendencia creciente a reducir al Estado a dos actividades “vitales” para la sociedad. Por un lado, proporcionar el marco jurídico-normativo para la protección y el desarrollo del mercado y el consumidor, y por otra parte, ofertar los servicios que el mercado no proporciona, sea por considerarlos poco redituables

financieramente, o bien, porque la reglamentación vigente lo impide por ser definidas como áreas estratégicas, y en consecuencia de uso exclusivo del Estado en tanto no sean modificados o adecuados los marcos jurídicos o constitucionales como es el caso de Pemex y de la llamada reforma energética propuesta por el ejecutivo en nuestro país.

De ahí que no es ajeno el hecho de encontrar en los Estados nacionales la supeditación al mercado, al capital internacional, el recorte al gasto público y la tendencia creciente a la supresión de subsidios sociales, aunado a los procesos de privatización tanto de empresas como de recursos naturales. El nuevo Estado se perfila acompañado de una crisis de credibilidad e ingobernabilidad en los niveles súper estructurales, en tanto que en su base impone un modelo depredador y excluyente para con las mayorías.

Del Estado protector, al Estado ausente

El Estado benefactor, en nuestro caso desarrollista, se aleja con sus imaginarios de movilidad social y prosperidad, el Estado desarrollado prometía el pleno empleo, el compromiso para con el desarrollo económico, la responsabilidad para con los derechos sociales, las formas de familia tradicional o bien las diversas formas de solidaridad social cargada con la figura del burócrata –docente, médico– que el Estado mostraba como parte de su esencia, de su naturaleza político-asistencial.

El nuevo Estado con sus claros y oscuros que le acompañan, presenta ambivalencias que llegan a confundir, y llaman a definir la nueva figura del ente político por naturaleza está orientado a la regulación de la vida política y económica de la sociedad. El Estado burocrático-administrativo (Lewkowics, 2006: 20-31) emergente, aun en construcción, convive con un Estado protector en decadencia que combina de manera torpe la dualidad para impedir que la muerte de trabajadores mineros en Pasta de Conchos se transforme además en tragedia política y económica de empleados públicos de primer nivel y/o de empresarios; ha puesto de manifiesto su capacidad para ejercer e imponer la represión y la violencia, pero de igual manera carece de la voluntad para contener la corrupción de las elites empresariales y políticas depredadoras; muestra capacidad para mantener en sus puestos a autoridades – como sucede actualmente en los estados mexicanos de Oaxaca o

Puebla- (Montemayor, 2007) y de etiquetar como “antidemocráticos” y “subversivos” a quienes no comparten su visión hegemónica y mercantil de sociedad y del nuevo peso que asume el mercado ante la ciudadanía. Sin embargo, lo que queda claro aun en este acomodo del Estado es su naturaleza represiva, violenta e ilegal de construir sociedad teniendo como soportes a la corrupción, la impunidad, el soborno y el cohecho, prácticas que filtran e impregnan a la sociedad en su conjunto, y dejan enseñanzas de abusos y violencia como forma legítima de alcanzar o imponer lo demandado.

El Estado en la globalización se desatendió de su rol de construir comunidad y subjetividad para una ciudadana activa, crítica, y no ofrece más elementos para su reincorporación en la sociedad, no es más el proveedor de los supuestos centrales para construir subjetividad, sin dejar de señalar que hoy, ya no es el regulador y arbitro en el comportamiento de otros elementos que permitían contextualizar los escenarios. La minada autonomía del Estado lo ubica al margen de diversos procesos políticos, sin descuidar su bajo impacto en la vida social en general.

La llamada liberalización de los capitales en esta transición del Estado benefactor al Estado globalizado, ha generado una especie de conflicto entre éste y el mercado, entre la figura del sujeto individual y los intereses del colectivo, entre lo público y lo privado. Generando incertidumbres en la sociedad sobre la definición del rol a desarrollar por el Estado. Algunos elementos que han minado la capacidad para la intervención Estatal son los siguientes:

- El sistema de partidos políticos se encuentra en crisis.
- Surgen nuevas formas de hacer política al margen de las formas institucionalizadas.
- Alto índice de desconfianza en el Estado y sus instituciones.
- La emergencia de nuevos actores políticos y sociales.
- Cuestionamiento al modelo económico por los nuevos actores sociales.
- Se desdibujan los conceptos de nación, patria y soberanía como consecuencia del peso de las comunicaciones satelitales.
- Auge de la delincuencia y el crimen organizado.
- El mercado desplazando al Estado, y el consumidor al ciudadano.

Así, el nuevo Estado globalizado es reducido a actividades burocráticas-administrativas, ofreciendo lecturas donde su legitimidad no reposa más en la confianza que la sociedad ha depositado en él, sino más bien en la certeza periódica de su renovación. Lo positivo para la sociedad civil es la certeza sobre la temporalidad de un gobierno, y la confianza de que a mediano plazo este será sustituido. Los gobiernos pueden gozar de legitimidad en sus orígenes –electorales-, legitimidad constantemente socavada como consecuencia de que la ciudadanía puede llevar a un político al poder, pero se muestra incapaz de participar o supervisar el ejercicio del mismo, esto es, la ciudadanía no está en el poder, ni cuenta con los mecanismos necesarios para dar seguimiento al conjunto de políticas que le impactan.

Un Estado con las características arriba anotadas, deja de ser nacional en su actuación, las fronteras dejan de ser físicas-territoriales y mutan a zonas comerciales. El Estado deja de ser el representante de los ciudadanos y estos paulatinamente son sustituidos por los consumidores.

Los derechos del ciudadano se diluyen, su peso social es desmeritado mientras no se incorporen al ciclo del consumo que permite generar los recursos que el Estado burocrático-administrativo demanda. Quien está fuera del ciclo de consumo deja de ser importante para el Estado, la sociedad y el mercado, de ahí que no sea relevante el mantenerle sus derechos. Se transforman en sujetos desechables, seres <superfluos>, para decirlo en términos de Bauman, “donde los otros no te necesitan; pueden arreglárselas igual de bien, sino mejor, sin ti”. Así, el sujeto desechable se transforma en algo menos que una mercancía poco atractiva, con un tiempo menor de vida útil, con defectos de producción o presentación o bien carente de utilidad, y por tanto de valor en el mercado. Lo que tenemos es un individuo desfasado en un mercado más competitivo, una persona innecesaria por no encontrarse al nivel de las exigencias de los tiempos, y los nuevos espacios de consumo.

El ciudadano-mercancía convive con los ejes tiempo y espacio, mismos que le impactan y desestructuran por la agilidad en los cambios tecnológicos, la agilidad con que se mueve la información y los nuevos conocimientos que inciden de manera decisiva en la construcción de nuestra identidad individual y colectiva.

Al desdibujarse los dos grandes ejes que nos orientan –tiempo y espacio–, naturalmente nos “des-orientamos”. Perdemos ubicuidad. Nos cuesta saber dónde estamos y a dónde vamos... En este siglo que recién comienza, el progreso, la ciencia y la tecnología nos llevan hacia un mundo de infinitas oportunidades. Nos movemos a una velocidad inusitada, inédita. Todo tiempo pasado no fue mejor. Más bien, lo contrario. Sin embargo, no por eso podemos desconocer su necesaria injerencia en la construcción de nuestra identidad. Actual y futura, individual y colectiva. Somos lo que somos. Pero también lo que fuimos (Oliveto, 2008).

Las consecuencias que producen en nuestras vidas diarias, conductas, subjetividades y lógicas asociativas esta velocidad inédita en la información y el conocimiento, y la consecuente pérdida de ubicuidad que le acompaña son, a la fecha, in cuantificables no solo en los individuos y sus formas de relacionarse con otros individuos, sino también en el conjunto de roles y expectativas que hoy se esperan del Estado.

Si bien es cierto que el Estado no desaparece, si se encuentra en proceso de re-definición abriendo con ello la posibilidad al surgimiento de la nueva política, aquella que deja de ser política de lobby y que se lanza a recorrer las avenidas y las plazas con inéditas formas de expresión al margen de los cuerpos institucionalizados de mediación, la sociedad movilizadora, la acción directa de los movilizadores al margen y por momentos en contraposición a los órganos formales de representación como son los partidos políticos, tradicionalmente de espaldas a la sociedad, o los sindicatos, cada día más cuestionados por su incapacidad para resolver las demandas más apremiantes de sus agremiados. Hoy la movilización y la acción directa son asumidas como formas de recuperación o de conservar lo que el modelo económico neoliberal amenaza con destruir o socavar paulatinamente ante la complicidad de un Estado cada día más permisivo, más ausente (Ocampo, 2007:114).

Los antiguos Estados nacionales, hoy conceptuados solo como órganos técnico-administrativos o técnico-burocráticos, dejaron de funcionar como el marco ideal para el desarrollo del capitalismo debido a que el mercado desbordó las fronteras nacionales constituyendo macro Estados (considerar como ejemplo la formación de la Comunidad

Economica Europea, el Tratado de Libre Comercio para América del Norte) en donde las decisiones económicas impactan más allá de los marcos nacionales (Lewkowicz, 2006: 20-31).

Así, se nos presenta una situación en donde el concertador del dialogo, de la política, la visión estratégica y los acuerdos se encuentra ausente, donde la confrontación inter-actoral dibuja el desacuerdo, las instituciones son cuestionadas por la credibilidad secuestrada por los conflictos, la confianza desmejorada en cuanto no hay donde depositarla, las estructuras del Estado están al servicio de los grupos de poder y se conducen de forma arbitraria, una ciudadanía que no termina de cuajar en un tiempo-espacio liquido y se encuentra sin referente o destinatario a quien endosarle sus demandas.

Hoy tenemos un Estado ausente y una ciudadanía que aun no termina de asomarse al escenario social cuando en este ya se encuentra su contraparte neoliberal, el consumidor, como soporte subjetivo del nuevo Estado globalizado y como soberano en la sociedad de consumo y de mercado.

Así mismo, no termina de auto encontrarse la ciudadanía en los marcos que impone la globalización y la disminución del peso político y social de los partidos políticos y sindicatos, cuando ya están sobre la mesa nuevas ciudadanía emergentes que reclaman del Estado reconocimiento a su existencia y un cúmulo de derechos inherentes que ante la negativa o incapacidad de atención los conduce a la movilización y la protesta (Ocampo, 2007: 114-115).

Frente a la incapacidad para dar solución al conglomerado de demandantes el Estado busca la manera inmediata de culpabilizar y estigmatizar a los actores movilizados, etiquetándolos como sujetos de desorden, que niegan los mecanismos legales y socialmente reconocidos como opciones de mediación y resolución de conflictos, los etiqueta pues como violentos, y en complicidad con el mercado inicia una campaña de temor-seguridad, violencia-protección, exclusión-segregación donde el miedo se transforma en el eje sobre el cual se construyen las nuevas relaciones sociales.

Vigilancia, miedo y sociedad civil

A partir de los hechos del 11 de Septiembre de 2001 e invocando la seguridad y protección de sus ciudadanos en Estados Unidos, Bush utilizó de manera eficiente la noción de “guerra al terrorismo” para sustentar sus discursos bélicos e intimidar a su propia población para legitimar así el establecimiento de un Estado policial orientado a la vigilancia de sus ciudadanos interviniendo teléfonos, correos electrónicos enviados y paginas de Internet visitadas entre otras acciones orientadas a la “seguridad nacional”.

El nivel de paranoia desarrollada es de tal envergadura que en nuestro continente el proyecto de la Oficina Federal de Investigaciones de Estados Unidos se propone ir todavía un poco más allá: a un costo de unos 1000 millones de dólares, prevé incorporar en una gigantesca base de datos información biométrica de cada uno de los ciudadanos, a fin de poder establecer la identidad de las personas a partir de rasgos físicos como la palma de la mano, el iris, cicatrices y otras particularidades. Incluso la manera de caminar podrá servir en la identificación de terroristas y criminales. Toda esta información será compartida con organismos de seguridad de otros países en una doble vía de alcance global (Seminario, 2008).

Pareciera que cada día que pasa nos introducimos, o más bien nos llevan, a lo que se denomina la “guerra de cuarta generación”, guerra de (des)información e intimidación donde el campo de batalla comprende la totalidad de la “sociedad enemiga” y las acciones corresponden a grupos pequeños de acción ágil que tienen por objetivo el ámbito cultural y social del oponente, así como la construcción de bases sociales de apoyo a la acción punitiva por parte de individuos de la sociedad en cuestión. Este tipo de guerra se vuelve invisible y se vive como un momento de paz, el enemigo acecha en cualquier esquina, es el otro, el desconocido y la sociedad toda debe de estar en condiciones de enfrentarlo. Así, la sociedad toda vive una guerra contra un enemigo invisible, pero que puede pertrecharse en cada esquina, avenida o plaza.

El soporte subjetivo e “informativo” en este tipo de lucha son los medios de comunicación que se convierten en elementos centrales por la emisión de mensajes cargados

ideológicamente, constituyen un factor decisivo en la construcción de la opinión pública y en el subsiguiente desarrollo y construcción del enemigo. Así, el control social se sustenta en la propaganda, la paranoia colectiva, y en sembrar el miedo en la sociedad en general.

No perder de vista que los Estados en la época de la globalización se ubican en una lógica que desmerita al lazo social que permitía producir comunidad, y es sustituido por nuevas relaciones, sustentadas en el miedo y la vigilancia del Estado, las nuevas relaciones sociales son mediadas por el consumo, la ciudadanía se queda sin referente subjetivo y sin derechos. Si bien es cierto que la concepción clásica de ciudadanía ubica a éstos como todos aquellos sujetos que son miembros plenos de la comunidad, siendo por tanto iguales respecto a sus derechos y deberes, lo cual le permite ser tratado como igual en una sociedad de iguales, esta noción de ciudadanía se complica por que la evolución de los derechos ciudadanos -civiles, políticos y hoy sociales- significan una tensión entre el individualismo capitalista en la sociedad de mercado, y por otra parte los valores igualitarios que pregona el sistema político democrático que hasta hace algunos años correspondía garantizar al Estado. La ciudadanía se identifica con “la existencia de condiciones mínimas que garanticen a los individuos la posibilidad de actuar como sujetos libres e iguales.” (Ochman, 2005: 5) Igualdad y seguridad que descansa o es soportada en cámaras de seguridad instaladas en las principales ciudades o bien en la contratación de ejércitos privados abocados a ofrecer seguridad privada a empresas y zonas residenciales exclusivas.

El miedo se posesiona en la construcción de imaginarios ante un Estado que no construye más identidad. Como anota Borja “Miedo a las incertidumbres globales y locales, a las amenazas que se ciernen sobre los ciudadanos de violencia difusa y de catástrofes ambientales futuras. Miedos vinculados a la precariedad en el trabajo y en los ingresos. Miedo al estatus legal en unos casos y al estatus social en otros, tan precarios como el trabajo. Miedos por vivir en áreas urbanas sin límites precisos, sin vivienda garantizada, sin integración, en ámbitos de convivencia securizante. Miedos a los otros, por desconocidos y por distintos, por competir por bienes escasos, por ser agresores potenciales. El miedo a los otros conduce a la segregación, se combina con el afán de distinguirse y de protegerse” (Borja, 2008: 26).

En las dos últimas décadas del siglo pasado y bajo el peso del modelo neoliberal nuevos miedos se incorporan ante la disminución del Estado, el crimen organizado aprovecho inteligentemente la coyuntura y oportunidad para hacer nuevos y productivos negocios, el mercado, en su afán de expansión y de lograr mayores márgenes de ganancias, estimuló la apertura de fronteras, puertas y ventanas al blanqueo de dinero utilizando para ello los sistemas bancarios y financieros internacionales, se desarrollan formas novedosas y legales de hacer circular el dinero y convertir los dólares a monedas nacionales. Las casas de cambio, el contrabando de mercancías, las quiebras fabricadas de empresas o bien las denominaciones fantasmas abundan en esta nueva etapa del modelo económico dominante. Se amplían y consolidan formas modernas de “desarrollo comercial” como el trato de personas, la prostitución internacional, el secuestro y el robo de identidad, abonando al clima de inseguridad e incertidumbre que vive la sociedad. El Estado mexicano se ha mostrado incapaz de controlar la violencia y el crimen organizado puesto que el Estado mismo, ha utilizado política y policialmente la violencia ilegítima, sumada a la impunidad y corrupción como formas de vida y hacer cotidiano.

Como ejemplo baste señalar que especialistas internacionales reunidos en México en un foro sobre seguridad en el año 2007, alertaron que el tráfico y explotación sexual de personas es una actividad que se está convirtiendo en el negocio del futuro para el crimen organizado. Deja ganancias por 32 mil mdd anuales. Dan a conocer que de la República Checa envían solo a México entre 200 y 300 mujeres cada año para que trabajen como bailarinas en clubes nocturnos (Agencia EFE, 2007).

Surgen nuevas formas de hacer, presentar o simular negocios bajo el amparo de las tecnologías digitales y electrónicas que dificultan el control y seguimiento de los mismos. Es necesario considerar aquí el peso siempre presente y significativo que asume la corrupción, sumada a la incapacidad del Estado para contrarrestar estas prácticas que deterioran las bases de los sistemas democráticos. La participación de la sociedad civil en los procesos de supervisión y control es ínfima y los gobiernos son vencidos por el peso del dinero, la impunidad y un sistema jurídico ineficiente para contrarrestar las nuevas expresiones que en materia de comunicación satelital se presentan. Cabe señalar que los

sistemas de comunicación satelital se encuentran en propiedad y en el mejor de los casos en concesión de particulares, siendo estos los nuevos constructores de identidad y conciencia colectiva. Es pues el mercado el nuevo constructor de ciudadanía y de los valores que debe poseer para estar a tono en la nueva sinfonía mundial. En suma, el mercado construye una ciudadanía acorde a los requerimientos subjetivos del modelo económico del mercado globalizado.

El Estado se encuentra disminuido, agotado y en proceso de redefinición como consecuencia del impacto que el modelo económico neoliberal y el mercado como formas dominantes de expresión han logrado imponer. El ente político estatal ha venido presentando signos de agotamiento frente a los cambios que se dan en el orden económico mundial y a nivel interno como consecuencia de las nuevas ciudadanías, el incremento del peso político y económico del crimen organizado, las nuevas tecnologías satelitales, y la corrupción que lo transforman en un ente ineficiente, desconectado de la sociedad y de espaldas a esta; llegando a mostrarse insensible e incapaz de dar respuesta y atención a las demandas de amplios sectores excluidos.

La corrupción campea en nuestros países y si existe la duda es solo cuestión de consultar el informe de Transparencia Internacional 2007 donde dibuja en términos porcentuales los niveles de corrupción que nos caracterizan. La percepción de corrupción en México ocupó el lugar 72 de un total de 179 países encuestados, en tanto que la percepción de corrupción pasó de ser en el año 2006 de 3.3 a 3.5 en el año 2007 (Transparencia Internacional) Hoy, el Estado se muestra sin capacidad para construir un horizonte que permita tener rumbo a la sociedad y en la incorporación de nuevas lógicas para construir identidad en el corpulento cuerpo social cruzado por el desencanto y el miedo.

Con la desterritorialización geográfico-física, pero también ideológico-política del Estado, se abre la opción a la configuración del espacio de mercado, pero también del crimen organizado y los poderes de facto que se aposentán en toda Latino América. Este acordeón de condicionantes impactan las facultades del Estado, reduciéndolo a funciones técnico-administrativas. Una de las funciones que por definición le son propias al Estado es el

monopolio para el uso legítimo de la violencia institucional, espacio jurídicamente legal pero en el que hoy compete, y tal parece que en desventaja, con diversas expresiones que reclaman atención a sus demandas e intereses y por un lugar preponderante en el mercado, baste señalar el caso del crimen organizado, el narcotráfico y la industria del secuestro. El Estado se encuentra copado, por un lado el mercado reclamando su expansión e imponiendo nuevas subjetividades en los colectivos sociales, por el otro, la delincuencia organizada imponiendo nuevas formas de comportamiento colectivo, nuevas expectativas de vida en la población, principalmente joven, pero sobre todo haciendo manifiesta la capacidad que posee para recurrir e imponer su orden, valores y visión de mundo utilizando para ello la violencia, práctica reconocida y asumida por un conjunto de sujetos vinculados a la economía ilegal.

Así, el Estado comparte con la iniciativa privada, es decir con el mercado, las actividades de seguridad pública y vigilancia. La impunidad y la corrupción minan persistentemente al ente político que se presenta incapaz de dirigir el diálogo y los acuerdos necesarios para construir sociedad. Los conflictos y las confrontaciones derivan en violencia ante la ausencia de una figura mediadora y de conciliación, carente de peso político y reconocimiento social para la solución del punto de desencuentro. La política se encuentra alejada, ausente de su rol de mediadora y guía de lo social y lo económico, los acuerdos y el diálogo no asisten más a la mesa de negociaciones y los disensos son resueltos por otras vías y medios que poco o nada tienen que ver con la capacidad para construir acuerdos y con la política hoy ausente. En síntesis, asistimos a la huida del diálogo, donde la confianza se encuentra secuestrada y el andamiaje institucional en su conjunto en una grave crisis de credibilidad.

Ciudadanías invisibles

El pensamiento occidental es pensamiento hegemónico, que impone en consecuencia, visiones de mundo y construye la subjetividad desde la cual los sujetos observan e interpretan su contexto, llegando a asumirlo como “la realidad” como “el mundo” y este como “natural” con su amplia suma de formas de exclusión, discriminación, racismo y sexismo dentro de un sistema patriarcal.

El modelo económico neoliberal-globalizado impone diferencias que se busca sean aceptadas como “naturales” y necesarias, estas dicotomías tramposas las tenemos en la construcción de pobre-rico, hombre-mujer, tradicional-moderno, cultura-naturaleza. Así el modelo económico depredador, y excluyente impone ante la subjetividad de los colectivos el “criterio de verdad” o la “verdad única” que integra al individuo a la sociedad y lo vuelve funcional en los marcos de cada cultura. Se descarta, así mismo, la existencia de múltiples ciudadanías, de nuevas formas de expresión social y de nuevos reclamantes en la geometría social. No resulta extraño que se desechen las múltiples verdades. Nuestra visión de mundo esta condicionada para aceptar un solo criterio de verdad (Boaventura de Sousa Santos, 2005: 16-21) Así, lo que tenemos son formas dominantes de aceptar y reproducir las relaciones de pareja, la relación económica y de mercado, la negación de los derechos, y la existencia misma de los indígenas, los homosexuales y los individuos de capacidades diferentes todos ellos desconocidos o invisibles ante el Estado, sobre todo al momento de instrumentar políticas públicas que atiendan a este conjunto de nuevos demandantes sociales de derechos. La realidad muto y el Estado y sus instituciones parecen no percibir o carecer de la sensibilidad para actuar en nuevos escenarios.

Así, el modelo de racionalidad “es el modelo de racionalidad indolente, perezosa que no valora las experiencias del mundo, que siendo enormemente variadas y diversas al ser valoradas desde esta racionalidad resulten desperdiciadas [...] hay mucho desperdicio de experiencias sociales” (Boaventura, 2005:16). El Estado depredador construye una sociedad depredadora, donde el ciudadano como tal es visto más bien como clientela política o económica. La comunidad cívica, la ciudadanía activa se mira aun lejana en el horizonte de la toma de decisiones en materia de política social.

El modelo excluyente de sociedad construye un determinado tipo de sujeto social-ignorando la historicidad, que es ideal de acuerdo al modelo económico y político dominante, así, al sujeto social tenemos que entenderlo como construcción social y no como producto de hechos casuales, asépticos o aislados en el transcurso de la vida.

El mundo globalizado del siglo XXI se diferencia de otras formas histórico-organizacionales por construir sujetos de consumo, un consumidor-mercancía que busca prolongar su periodo de vida útil. El mercado pugna por construir un individuo que se oriente al consumo como sinónimo de éxito y bienestar social. La sociedad globalizada ubica al placer y lo lúdico como parte central en la vida de los individuos y de los conglomerados sociales, bajo la ideología de mercado el placer se logra mediante el consumo.

Factor central en la formación del individuo juegan los medios de comunicación al instaurar nuevas subjetividades que giran en derredor de la belleza, la juventud y la salud, elementos que dan sentido a la racionalidad del consumidor y que tiene como eje rector al placer, elemento nodal en la determinación de nuevas lógicas comportamentales. Así, el fundamentalismo de mercado y sus expresiones ideológicas se consolidan en los imaginarios colectivos, en tanto que el individuo-mercancía busca prolongar el periodo de vida útil.

A la distancia quedan los valores y el conjunto de estructuras organizacionales tradicionales como la familia y el trabajo como mecanismos de logros duraderos y gratificantes, hoy superados por la inmediatez y la búsqueda de un tiempo cero, instantáneo, una realidad líquida, que por cierto, constantemente se escapa.

El modelo de desarrollo dominante construye al sujeto del nuevo siglo, con referentes ideológicos y nuevas subjetividades a tono con los patrones no solo económicos, sino también culturales, que el sistema de dominación imperante requiere para su mantenimiento y reproducción. En tanto que para Guiddens “la identidad debe ser creada y recreada mas activamente que antes”, ante el avance de la globalización y el neoliberalismo económico (Guiddens, 2004: 62).

Las nuevas subjetividades construidas desde el poder, imponen al miedo en el centro del discurso de los medios de comunicación, invocan la protección y la seguridad que solo puede ejercer el Estado en colaboración con el mercado -mediante fraccionamientos

amurallados, vigilancia privada, y en general el retraimiento social- ante el incremento de las “zonas de riesgo” en nuestras ciudades, y la construcción del imaginario de individuo pobre como equivalente de delincuente.

Para la CEPAL 39.8% de la población es decir, 209 millones de personas viven en condiciones de pobreza y 15.4% de los latinoamericanos, 81 millones se encuentran en situación de extrema pobreza o indigencia. Las anteriores cifras ponen de manifiesto que la región ha demorado 25 años en reducir la incidencia de la pobreza a los niveles que registraban en 1980 (Machinea, 2007).

El pobre, el excluido, el indigente es visibilizado como parte de ese enemigo amorfo, multiforme y peligroso que pulula por las ciudades y pone en riesgo la seguridad física y patrimonial de habitantes y transeúntes, tanto como de la imagen visual de “limpieza” y “pulcritud”. El Estado como garante del mercado criminaliza la pobreza -al igual que la protesta-, impulsando de manera permanente, vía modificaciones legales, o bien por el uso de medios de comunicación, o ambos, escamotear los derechos que como ciudadanos nos corresponden.

Así, tenemos reclamos de la ciudadanía y de sectores organizados que demandan día a día “mano dura” contra la violencia, programas de “tolerancia cero”, y hasta el solicitar, y ver como necesaria la militarización de plazas y avenidas como única forma, o al menos la mas cercana, de contrarrestar la violencia y el delito e inhibir a potenciales alteradores del orden público, tal vez pensando que la policialización y el endurecimiento de acciones legales serán capaces de contener el efecto negativo y perverso que los procesos de desintegración en las esferas de lo económico y lo político generan en amplias capas de la sociedad. Parece ser que se desconoce que bajo una lógica binaria el modelo económico y político dominante pugnan por la exclusión del diferente, del otro, quien no representa nada ni es representado por nadie. La subjetividad de la violencia que se impone es la de castigar al distinto al diferente (Velázquez, 2006: 119-124).

Hoy, los fracasos del gobierno en el combate al crimen organizado se transforman en argumentos sólidos para legitimar las bases de un Estado autoritario con exigencias de mano firme, el incremento de recursos financieros para el combate al delito, así como mayor capacidad de maniobra para los cuerpos de seguridad mediante la adecuación y modificación de leyes y reglamentos. Sin embargo el poder coactivo que posibilita al Estado la defensa de la propiedad privada y la procuración de seguridad pública es el instrumento que facilita la vulneración de los derechos de los ciudadanos. El monopolio del poder debe permitir a los ciudadanos escapar de lo que Hobbes denomina como “la guerra de todos contra todos” (Fukuyama, 2004: 15-16). Monopolio cuestionado por la aparición de múltiples formas de ejercer la violencia y el delito y la recurrencia cada día más frecuente, a la protección que oferta el mercado.

Lo que vivimos en la cotidianidad con estas manifestaciones del Estado autoritario son expresiones de cuerpos represivos que combinan peligrosamente la infiltración del crimen organizado con los deseos de venganza por los asesinatos cometidos contra sus integrantes. Los derechos civiles y la libertad se encuentran gravemente copados por la represión y en el caso particular de México, a lo largo y ancho del territorio nacional son manifiestos los intentos de control militar sembrando más temor en la población. El miedo y el temor puede alcanzar proporciones mayúsculas entre la población donde en ciudades como Culiacán, Sinaloa la sociedad atemorizada se auto impuso toque de queda durante tres días a causa de los constantes enfrentamientos entre diversos grupos delictivos y ante la incapacidad manifiesta del Estado para garantizar el orden y la integridad física de las personas (Valdez y Castillo, 2008).

La convocatoria para enfrentar de manera unida la sociedad civil, el Estado y los medios de comunicación al delito y el crimen organizado, deja el paso libre para que la seguridad pública hoy se sustente en manos privadas, en el mercado. Se generan así nuevos campos de desarrollo para el mercado como el sicariato, y la formación de grupos paramilitares, de seguridad privada, de zonas residenciales amuralladas y electrificadas, entre otras formas de brindar protección. Al final lo que tenemos es el posicionamiento del miedo en la ciudadanía.

La seguridad pública y el ejercicio de la violencia es monopolio del Estado, y no del mercado, de ahí que al ceder espacios a la actividad privada en áreas de seguridad lo que queda de manifiesto es la incapacidad del Estado para enfrentar de manera efectiva y contundente la espiral delictiva que azota al territorio nacional, haciendo patente que hoy el poder no descansa en el Estado.

Ante la interdependencia mercado-Estado en la campaña conjunta por “la seguridad ciudadana”, no es de extrañar la permisividad del Estado para la intromisión en la vida privada, la utilización de diversos sistemas de vigilancia, como las videocámaras, el uso de armas por guardias privadas, y el peso creciente del mercado en los medios informativos donde se construyen los nuevos imaginarios de exclusión, temor y segregación.

Al respecto “la efectividad de los actuales sistemas de vigilancia, no residen sólo en el enorme caudal de información que manejan las bases de datos sino, además, en el efecto psicológico que produce el hecho de que la población conozca las posibilidades casi ilimitadas del control estatal. El mejor control del ciudadano se da mediante la internalización de la noción de que está siendo vigilado, y esto mismo funciona ahora: al Estado le conviene que los ciudadanos se sientan controlados” (Seminario, 2008).

En el juego perverso de presentar nuestra sociedad como más segura por las acciones policiales y militares de combate al crimen organizado, y por otra parte, continuar con el bombardeo mediático que estimula el miedo y retraimiento ante la inseguridad tenemos elementos objetivos que obligan a la duda y reflexión, tomemos como ejemplo la deserción de 151,533 elementos del Ejército y Fuerza Aérea de una institución castrense de 200,000 activos, deserción ocurrida entre los años del 2002 al 2006. Los anteriores datos reflejan que el 76% de la tropa hubo de ser reemplazada (Red de Investigadores Latinoamericanos por la Democracia y la Paz, 2008) queda la incógnita de cual es la nueva actividad económica o fuente de ingresos que desarrolla ese conjunto de ex-militares.

El Estado ausente dejó abiertas las compuertas para que circulara libremente el mercado y aparejado a este lo hizo la industria de la seguridad y protección privada, pero también la del secuestro, el narcotráfico y en síntesis el crimen organizado. Hoy el Estado comparte sus funciones de seguridad pública con empresas privadas de seguridad, y el monopolio de la violencia le ha sido arrebatado por nuevas formas organizativas que circulan en nuestra sociedad.

La globalización neoliberal y el mercado nos condicionan para no ver lo que el sistema considera no es necesario de ser visto, la subjetividad se construye para pasar desapercibido todo aquello que se oponga a lo funcional incorporado en el inconsciente colectivo del sujeto, en esa “no existencia” de experiencias, hechos o fenómenos de los sujetos resultan desechables, al igual que los sujetos mismos. Son experiencias–sujetos desechables carentes de valor por provenir de un grupo social igualmente desechable en el capitalismo global. Toda existencia y experiencia inferior es desperdiciada, es declarada inexistente, de ahí que las prácticas, reclamos y movilizaciones de los sujetos involucrados asuman el carácter de invisibles para el resto de la sociedad, del Estado y el mercado. Así, las experiencias significativas las construye el mercado, vía los medios de comunicación, de ahí que no causa extrañeza que ciertos sectores sociales –empresariales, eclesiásticos, incluso amas de casa- reclamen mayor presencia de cuerpos de seguridad en plazas y avenidas en detrimento de sus propios derechos políticos y sociales.

Como anota de Sousa, la práctica de reducir la realidad a lo que existe, excluyendo un conjunto de otras realidades, se encuentra anclada en la utilización de nuestros instrumentos teóricos y analíticos que no nos dejan ver. Lo que tenemos que hacer es transformar objetos imposibles en objetos posibles, experiencias inexistentes en experiencias disponibles (Boaventura, 2005: 21).

Nuevos grupos sociales con un cúmulo de experiencias y demandantes de atención lentamente pasan a engrosar la larga lista de individuos invisibles que pululan por las márgenes de la sociedad; jóvenes estigmatizados como violentos por ser pobres, hombres y mujeres con capacidades diferentes, vendedores ambulantes, sin tierra, sin empleo,

lesbianas y homosexuales, indígenas son solo algunas de las múltiples expresiones de nuevos actores que demandan derechos y se manifiestan a distinto ritmo en el plano de México y de América latina. El capitalismo feroz impone la discriminación y la exclusión en contraposición al espíritu democrático.

REFLEXIONES FINALES

La lógica de mercado a toda costa busca imponerse en los imaginarios colectivos de los individuos, justifica el escamoteo a las conquistas de los trabajadores, pugnando por eliminar sus derechos y regresarlos a una situación de indefensión tanto laboral como social e ideológica. La apuesta parece ser por construir un sujeto des-mentalizado, sin capacidad para reconocer sus derechos y los mecanismos para lograr que la maquinaria gubernamental se mueva en su favor. El ciudadano puede marcar una papeleta electoral, pero se encuentra imposibilitado para remover a un gobernador o funcionario corrupto. Lleva a un político de carrera al poder, pero se muestra incapaz de influir en las políticas públicas que aquel diseña.

Las acciones emprendidas desde el Estado y el mercado, vía los medios de comunicación enfrentan a un conjunto incipiente de ciudadanías activas, de ciudadanías críticas que pugnan por rescatar sus derechos secuestrados y condicionados desde el poder. Ciudadanías que pugnan por construir una subjetividad propia, sin que implique la negación de la subjetividad diferente (De Piero, 2005: 252).

Las ciudadanías activas mantienen sus demandas y derechos, se expresan mediante la acción directa como puede ser la toma de calles y avenidas, plazas y espacios públicos y emblemáticos en la consecución de sus demandas, pero también, estas ciudadanías son capaces de entablar el diálogo y recorrer las avenidas que las diversas formas de organización formal y legal les imponen en la búsqueda a su reconocimiento, o bien en la solución a sus demandas como pueden ser educación, empleo, o el techo y la tierra, el ramillete de demandas cada día es mas extenso. La incipiente ciudadanía activa lleva la política a las calles, al espacio público y son quienes hoy le dan un nuevo sentido y

dirección a la política. Ante esta diversidad de demandantes y demandas el Estado ha mostrado su incapacidad para dar solución puntual a cada reclamo, de ahí que no es de extrañar que ante la manifiesta desatención a este acordeón de demandantes el Estado opte por criminalizar las protestas. Así, todo sujeto movilizado asume o es etiquetado como violento y peligroso, al igual que el pobre y excluido, desde esta visión es fácil comprender que el siguiente paso es la represión indiscriminada o selectiva, a todos aquellos sujetos que se contraponen a la noción dominante de “orden social”.

El Estado globalizado debe preocuparse menos por estigmatizar y reprimir a estas ciudadanías críticas y orientarse u ocuparse más de controlar el lavado de dinero, o bien de instrumentar medidas para controlar el tráfico de armas de Estados Unidos a naciones como México, armas con las que se avituallan los ejércitos de diversas organizaciones dedicadas al crimen organizado. Situación en la que por cierto el Estado mexicano se ha visto limitado en la exigencia a su vecino del norte para que controle esta avenida del delito de graves consecuencias para la estabilidad del país. Hay que agregar a estas reflexiones el peso que deben asumir las funciones de inteligencia de los cuerpos tanto policiales como militares en la lucha en contra del delito organizado, sin conocimiento del enemigo, y peor aun infiltrados por éste, la confrontación del Estado con el crimen organizado no puede llevar a puerto seguro, dejando indefensa, por cierto, a la ciudadanía ante las espirales delictivas.

El argumento de la seguridad Nacional, de la lucha contra el crimen organizado, o contra el terrorismo no deben de ser más el pretexto para el deterioro de la institucionalidad, el cercenamiento de los derechos humanos y la cada día más creciente criminalización de los ciudadanos, y la consecuente negación de derechos a todas aquellas ciudadanías que resistiendo los embates del mercado y el Estado, pugnan por mantener y ampliar su presencia activa en el conjunto social.

El nuevo Estado y sus prácticas policiales presentan tendencias a dismantelar los derechos civiles, políticos y sociales. En tanto que el nuevo mercado laboral tiene como características la negación de derechos laborales y el pago de prestaciones sociales. En el campo de los derechos civiles y políticos es cada vez más notoria la criminalización del

pensamiento y de las ideas autónomas, así como la tendencia creciente a la privatización de la llamada opinión pública mediante voceros a sueldo en los principales medios de comunicación.

En suma, en un mundo diverso y cambiante, la lucha es por desarrollar una racionalidad diferente a la racionalidad de mercado, y un nuevo conocimiento que nos permita apropiarnos de esa nueva diversidad y construir un sentido distinto en las lógicas comportamentales de las ciudadanías, ciudadanías críticas aun invisibles para el Estado y el mercado, pero significativas por su capacidad de reclamo en atención a sus demandas centrales. Así, la apuesta es por impedir caer en la trampa mañosa que tiene como estrategia sembrar el miedo, el retraimiento social, la confusión y paranoia difundido por los medios de comunicación en voz e imágenes que pugnan por cubrir a la ciudadanía con el manto del miedo y el silencio castrante.

Una ciudadanía embrionaria, embargada por el temor termina siendo rehén y víctima de los poderes de facto que de esta forma amputan libertades, y la disidencia es presentada como posturas antidemocráticas de individuos o grupos violentos que se oponen a la seguridad y la armonía social.

Desde el mercado se instrumentan prácticas de intimidación, exclusión y segregación que pugnan contra la construcción de una ciudadanía participativa y crítica con lo que se consolida la negación de una democracia sustantiva a la que como sociedad tenemos derecho.

LITERATURA CITADA

- 2007. **Reporte de corrupción. Transparencia internacional.** (En línea). Disponible en <http://www.transparencia.org.es/INDICE%20DE%20PERCEPCI%D3N%202007/INDICE%20PERCEPCI%D3N%202007.htm>
- Bauman, Zygmunt. 2005. **Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias.** España: Paidós. 24 pp.

- Boaventura, De Sousa Santos. 2005. **Globalización contrahegemónica y diversa**. Revista internacional de análisis Diversidades, número I, enero. Quito, Ecuador. pp. 11-21.
- Borja, Jordi. 2008. **Miedos, segregación y mercado en la sociedad globalizada**. Revista Nueva Sociedad. N. 213, enero-febrero.
- De Piero, Sergio. 2005. **Organizaciones de la sociedad civil tensiones de una agenda en construcción**. Paidós, Argentina.
- EFE. 2007. **Alarma a expertos aumento de tráfico de personas**. El universal. Obtenido el 22 de junio de 2008. (En línea). Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/notas/448094.html>
- Fukuyama, Francis. 2004. **La construcción del Estado**. Ediciones B, Argentina. pp. 9, 15-16.
- Guiddens, A. 2004. **Un mundo desbocado: Los efectos de la globalización en nuestras vidas**. México. Tauros. pp. 62.
- Lewkowicz, Ignacio. 2006. **Pensar sin Estado**. Paidós, Argentina, pp. 20-31.
- Machinea, José Luis. 2007. **Cepal: la pobreza y desigualdad en AL no corresponden al grado de desarrollo**. La jornada. (En línea). Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2007/09/23/index.php?section=economia&article=024n1eco> Obtenida el 05 de marzo de 2008.
- Montemayor, Carlos. 2007. **Desmantelar el Estado**. La jornada. (En línea). Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2007/05/14/index.php?section=opinion&article=008a1pol> Obtenida el 14 de mayo de 2007.
- Muñoz, Ríos Patricia. 2005. **Riesgo de ingobernabilidad en AL por el desempleo: OIT**. La jornada. (En línea). Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2005/09/28/053n1soc.php> Obtenida el 29 de septiembre de 2005.
- Ocampo Banda, Luis E. 2007. **Conflictividad y sociedad civil en la democracia representativa**. En Ocampo y Chávez, Coordinadores. *Voces y letras en insumisión Movimientos sociales y reflexiones sobre América Latina*, Colección Insumisos Latinoamericanos. Argentina. pp. 113-131.

- Ochman, Marta B. 2005. **Las fronteras teóricas de la ciudadanía en el pensamiento político de la postmodernidad.** Tesis doctoral, Universidad Iberoamericana. México. D. F.
- Oliveto, Guillermo. 2008. **La vida flash. La nación.** (En línea). Disponible en http://buscador.lanacion.com.ar/Nota.asp?nota_id=990745&high=SOCIEDADES
Obtenida el 27 de febrero de 2008.
- Red de Investigadores Latinoamericanos por la Democracia y la Paz. 2008. **Primera lectura semanal del mes de marzo.** (En línea). Disponible en www.insumisos.com
Consultada el 24 de mayo de 2008.
- Seminario, Francisco. 2008. **Sociedades vigiladas ¿el precio de la seguridad? La nación.** (En línea). Disponible en http://buscador.lanacion.com.ar/Nota.asp?nota_id=991961&high=SOCIEDADES
Obtenida el 10 de junio de 2008.
- Valdez, Javier y Castillo, Gustavo. 2008. **Colonos sinaloenses aplican virtual “toque de queda.** La jornada. (En línea). Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2008/05/13/index.php?section=politica&article=005n1p0l>
Obtenida el 16 de mayo de 2008.
- Velazquez, Susana. 2006. **Violencias cotidianas, violencias de género.** Paidós, Argentina pp. 119-124.

Luis E. Ocampo Banda

Sociólogo por la Universidad Autónoma de Sinaloa, México. Maestro en Educación por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Candidato a Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM). Profesor Investigador de la Universidad de Occidente, Mazatlán, Sinaloa, México.